



María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer

“Estudio introductorio”

p. 9-16

Juan A. Ortega y Medina

*Obras de Juan A. Ortega y Medina, 4. Humboldt*

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas/  
Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2015

344 p.

Mapa

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-02-6960-8 (volumen 4)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/644/humboldt.html>

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## Estudio introductorio

9

El sabio alemán es un mundo

Juan A. Ortega y Medina, *Humboldt desde México*

Por su nacimiento, talante e inclinación espiritual pertenece Alejandro de Humboldt a la audaz generación neoclásica e ilustrada del siglo XVIII; es decir, a ese llamado gran siglo de oro de la civilización germánica cuya divisa, de acuerdo con Kant, fue el célebre y multirrepetido *sapere aude!*<sup>1</sup>

Así comienza el estudio preliminar de Juan A. Ortega y Medina a la obra de Alejandro de Humboldt *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* editado por Porrúa en 1966. Con un erudito análisis crítico, el historiador malagueño introduce a los lectores al célebre libro del no menos célebre polígrafo alemán. Dicho estudio daba ya cuenta de su profundo interés por este personaje, del que realizó un fecundo y amplio trabajo de investigación durante más de una década. El interés germanista le vino a Ortega por la vía filosófica de Dilthey, que difundió el transterrado español José Gaos en México, en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autó-

1 Prólogo al *Ensayo político sobre el reino de Nueva España*, p. IX.

noma de México. Así, el historiador malagueño abrazó el historicismo que le dio una perspectiva para sus estudios. También le ayudó su impecable dominio de la lengua tudesca, lo que le permitió traducir a Schiller, Ranke, Guillermo de Humboldt, Winckelmann, Koppe y otros eruditos. Ya en 1960, había aparecido su *Humboldt desde México*, publicado por la UNAM, donde Ortega descubría cómo se había apreciado a Humboldt y su obra en la óptica mexicana, desde principios del siglo XIX, en una perspectiva historiográfica. Tan buen resultado le dio la pesquisa intelectual referida, que Ortega repitió este modelo metodológico después, en 1992, para el caso de Cristóbal Colón.<sup>2</sup>

Cabe preguntarnos ¿por qué Humboldt fue centro de interés de Ortega y Medina por muchos años? Seguramente nuestro historiador llegó a interesarse por este personaje por la vía de los estudios que llevó a cabo sobre la literatura viajera que tanto y por tantos años ocupó su atención. Se interesaba por cómo España y México eran entendidos por los extranjeros, así como por las razones históricas y el bagaje cultural que determinaban estos modos de pensar. De toda esta “miscelánea viajante y aventurera”, los alemanes y, particularmente, Humboldt, despertaron mucho su interés, quizá, por ser de todos los trotamundos que vinieron los que tenían “menos prejuicios antihistóricos” y mostraban más sus simpatías hacia lo mexicano.

Ortega había observado que el espíritu y la obra de Humboldt estaban ligados permanentemente al desarrollo cultural y material de México. Por ello profundizó en la historiografía mexicana buscando lo que había sido significativo en ésta de la obra del viajero alemán y lo hizo desde una apreciación historicista. Así, Ortega se adentró en las diversas posturas que liberales y conservadores mostraron hacia el *Ensayo*. “Las primeras reflexiones mexicanas –nos dice– sobre la obra de Humboldt presentan naturalmente un matiz favorable”. El siglo XIX canta alabanzas a lo que describe el barón. “El *Ensayo* se convierte así en un exhaustivo filón de posibilidades, y los políticos y los arbitristas, los comentaristas e historiadores utilizan en su turno los materiales de la obra para justificarlo todo y para fundamentar sus esquemas y actividades de cualquier orden”.<sup>3</sup> Si la centuria decimonónica puso el mayor énfasis crítico en el *Ensayo político*, el siglo XX pone su acento más bien en las otras obras del señalado personaje y especialmente sobre el Cosmos, buscando va-

2 Se trata de su estudio *La idea colombina del descubrimiento desde México*.

3 *Humboldt desde México*, p. 22.

loraciones más generales, sinópticas, universales y filosóficas, las cuales ya no puede satisfacer el tratado sobre la Nueva España.

Despertó la inquietud de Ortega el hecho de que desde nuestro país se hicieran múltiples alocuciones y hubiese tantas referencias al legado humboldtiano en muchos autores notables de México por dos siglos. Señalaba que la conciencia mexicana frente al tema de Humboldt “se presenta[ba] tenazmente oratoria y grandilocuente” que se debía, en su opinión, a una utilización exclusivamente política e instrumental del pensamiento del escritor prusiano. Así, “la revelación humboldtiana –insiste– contribuye a afirmar el autoconocimiento [sobre México] y por consiguiente enraiza la incipiente conciencia nacional e incluso contribuye a la formación de un clima espiritual y político de orgulloso criollismo mexicano, que se finca en buena parte en las imaginadas riquezas reales y potenciales puestas de manifiesto por el ilustre viajero alemán”.<sup>4</sup>

Ortega observó que la toma de contacto de la conciencia mexicana sobre Alejandro de Humboldt se desarrolló primeramente en un plano vital de las relaciones sociales, por la presencia viva del curioso trotamundos en el territorio de la Nueva España. Después, se recurrió ya al propio *Ensayo* como fuente de inspiración de manera un tanto utilitaria, ya que éste contribuyó a diferentes fines, a madurar los ideales de independencia y a orientar las aspiraciones de los hombres que la llevaron a cabo. Así, Humboldt, por su vida y por su obra, sirvió de acicate o inspiración política, de catalizador de planes y proyectos, tanto para liberales, como para conservadores. Aun en el plano de la diplomacia, su obra rindió servicios inapreciables, promoviendo el reconocimiento de México como joven república y atrayendo la aventura inversionista, comercial y financiera, como refiere nuestro autor.

Ortega profundizó así en el pensamiento sobre Humboldt de notables mexicanos, como José Fernando Ramírez, Carlos María de Bustamante, Miguel Velázquez de León, Victoriano Salado Álvarez, Lucas Alamán, Lorenzo de Zavala y otros, y desentrañó en sus aportaciones al Humboldt como incitador de la independencia, como cristiano, como defensor de la hispanidad, como viajero y en muchas más facetas, todas ellas fascinantes.

Ortega ponderaba el que consideró como el único estudio serio hecho sobre Humboldt, el del filósofo e historiador Carlos Pereyra, titulado *Hum-*

4 *Idem.*

*boldt en México*, publicado en la década de los veinte del ya siglo pasado en Madrid, así como algunos ensayos y prólogos de intelectuales mexicanos, pero sugería que no había “una visión más general revalorizadora de la obra de Humboldt en conjunto”, mientras que existía, por el contrario, un “alud de artículos intrascendentes” sobre el tema que inundaban las páginas de los diarios y revistas. Siguiendo de cerca la propuesta de Pereyra de llevar a cabo una “reivindicación histórica” de Humboldt, Ortega propuso un nuevo método de abordaje del *Ensayo*, que cambiara el tradicional, aportado por la corriente histórica científica (positivista),<sup>5</sup> restringida a un aspecto limitado del famoso polígrafo germano y no fundamentada, como debía ser, en un examen *crítico* de los materiales históricos, que estuviera más en consonancia con las inquietudes intelectuales de su tiempo. Ortega creía que el método lo daría la perspectiva histórico filosófica al revelar una imagen del personaje de acuerdo con sus circunstancias particulares, así como con las experiencias políticas y filosóficas de su época. Más aún, la interpretación se completaría con la visión que la “conciencia” mexicana se había hecho en torno al historiador y viajero alemán. Todo ello forjaría una representación dialéctica “constante y eternamente fluctuante de Humboldt”. Así, parafraseando a Ortega, exhaustas todas las posibilidades que brindaba el *Ensayo* según los métodos de aproximación anteriores, en que sólo quedaba por explotar el venero anecdótico, había que explorar y penetrar en nuevas posibilidades de interpretación. La obra de Ortega sobre Humboldt va, pues, en pos de una renovación historicista del tema humboldtiano a través de una “vertiente comprensiva” de la figura en cuestión.

Otra razón de peso que tuvo nuestro autor para rescatar a Humboldt fue su espíritu reivindicador de la cultura hispánica. Ortega y Medina notó que el *Ensayo* destilaba importantes elementos para descubrir el pasado colonial y, con ello, se rescataba una historia de tres siglos que yacía desdeñada, negada por la historiografía mexicana desde el siglo XVIII. “A partir de 1850 [con el liberalismo] –afirma– nos encontramos con una serie de intentos dramáticos que tienen por mira la negación o disolución del pasado colonial, utilizando para ello la obra de Humboldt”.<sup>6</sup> El rechazo de ese pasado acarrea necesariamente la negación de la herencia española. El historiador español

5 *Ibid.*, p. 14.

6 *Ibid.*, p. 297.

hizo énfasis en que Humboldt se había basado en aportaciones de grandes sabios e intelectuales de la Colonia y se había visto beneficiado por abreviar en esas fuentes.

Humboldt no es –nos advierte– con todo, un demiurgo ni el Prometeo que imaginan tantos intérpretes y comentaristas, sino sólo una genial cabeza organizadora y sinóptica, sabia para ordenar y extraer y dar adecuado lugar histórico, científico, estadístico, socioeconómico y filosófico a toda una serie admirable de fuentes novohispanas y españolas.<sup>7</sup>

Con esto en mente, Ortega logró insertar el *Ensayo* en el devenir de la historia del pensamiento mexicano y así rescatar y revalorar la herencia española en México.

Si los intelectuales mexicanos buscaban lo propio en el bregar historiográfico del sabio alemán, Ortega realizaba la búsqueda de lo español en lo mexicano, tarea en que salió airoso, como ya hemos mencionado repetidas veces en los comentarios a sus obras. A Ortega lo animó la urgencia que había de profundizar en este terreno, es decir, en la toma de conciencia del mexicano de sus raíces españolas.

Ortega se hizo eco de la línea reivindicativa marcada tanto por Pereyra como por Edmundo O’Gorman, quienes lo antecedieron en el rescate de la figura del famoso viajero europeo y no sólo reconoció su valor y el de su obra sino que la consideró como una mina de interpretación permanente del mundo novohispano. Recomendaba leer con atención, analizar y discutir el alcance y proyección de las ideas de Humboldt, con base en una investigación crítica, que él se había empeñado en llevar a cabo con el fin de aportar algo verdaderamente original. Para ello, aprovechó la oportunidad de presentar análisis críticos e interpretaciones novedosas ante la conmemoración de los 100 años de la muerte del viajero alemán y aprovechó la efeméride que despertó un renovado interés del personaje en esa época. En el año 2011, cabe decirlo, lo que fue su casa durante muchos años, el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, conmemoró los 200 años de la aparición del *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. Por tal motivo, se organizó un evento coordinado por uno de sus discípulos, José Enrique Covarrubias, y se preparó

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 296.

una edición que reúne los trabajos críticos presentados en ese encuentro, en el que no faltaron múltiples alusiones a los estudios pioneros que realizó el doctor Ortega y Medina en los años sesenta del siglo pasado.

Toca también referir en la presentación a este volumen de las obras de Ortega la crítica que recibió por sus estudios sobre Humboldt y la correcta respuesta que emitió. Ésta no se puede pasar por alto, ya que el reto de dar contestación a su contrincante académico obligó a don Juan a revisar sus juicios anteriores, sólo para afirmar sus tesis y enriquecer sus interpretaciones.

En el trabajo *Humboldt, ese desconocido* (México, Sep Setentas, 1975), su autor, Jaime Labastida, arremetió contra el estudio preliminar de Ortega hecho nueve años antes para la edición del *Ensayo político* de Porrúa, calificándolo de “limitado”, con “deslices, errores y tergiversaciones”.

Ortega creía que los debates y polémicas en torno a temas historiográficos era un ejercicio sano dentro de la Academia. Él mismo se hizo eco y tomó partido en el debate sobre el Quinto Centenario del Descubrimiento de América y escribió sus interpretaciones acordes a los argumentos esgrimidos por Edmundo O’Gorman en pro de la tesis sobre la “invención de América” – que no “encuentro de dos mundos”, que era la que sostenía Miguel León-Portilla. Para Ortega, las diferencias con otros colegas había que dirimirlas con estudios serios y análisis críticos que permitieran defender las distintas posturas, producto de diversas maneras de interpretar la realidad dentro de la disciplina histórica. El propio Ortega da cuenta del diferendo con Labastida en un ensayo titulado “Otra vez Humboldt, ese controvertido personaje”. En él, defiende una a una sus tesis humboldtianas y rebate las tesis de Labastida con la fina pluma que lo caracterizaba –aunque no exento de un sabor mordaz e irónico–. Lo primero que refuta es el error de la postura contraria de rechazar interpretaciones anteriores, de ver al famoso barón tan sólo en su faceta como científico, y considerar que había una novedad en ello, lo que restringía considerablemente la comprensión de la personalidad del viajero alemán en toda su magnitud.

Labastida propinaba, sobre todo, ataques desmesurados a Ortega por “detalles secundarios”. Empero, la erudita respuesta de Ortega a Labastida fue demoledora, y llevada a cabo desde una plataforma crítica, esbozando los argumentos y replicando a cada uno de ellos a partir de fuentes y autoridades, siendo él mismo una de ellas, por lo que a todas luces salió airoso de la contienda intelectual. No obstante, al parecer, el viejo problema polémico Labas-

tida-Ortega nunca fue subsanado, pues actualmente, en múltiples ocasiones, Labastida aún se deslinda cada que puede de la directriz orteguiana en sus conferencias y trabajos escritos.

En suma, el objetivo del historiador malagueño en su trayectoria como estudioso del barón Alejandro de Humboldt fue “desedulcorar al personaje”, despojarlo de los adornos retóricos, discursivos, con que el siglo XIX mexicano envolvió al sabio “y disolver la espesa nube de elogioso incienso que nos lo ocultaban y nos impedían verlo en su generosa escala humana”.<sup>8</sup> Para Ortega, Humboldt no fue exclusivamente un héroe cívico-político. También llevó a cabo una empresa cultural y arqueológica considerable. Fue más que todo, “un gran sabio”, pero lo fue, en su opinión, “un sabio entre sabios” en la vasta extensión de América, en que también había personajes de gran talla, como José Antonio Alzate y otros mexicanos, o Félix de Azara en el Río de la Plata, quienes llevaron a cabo increíbles hazañas científicas, pero que no pudieron alcanzar la fama de Humboldt porque las autoridades imperiales hispánicas, celosas y desconfiadas, frenaron sus posibilidades y oportunidades para publicar sus conclusiones. Para Ortega, Humboldt fue un hombre que construyó una historia despampanante plena de aciertos y errores,<sup>9</sup> fue asimismo un “jánico personaje”, con dos caras, una mente sinóptica y otra de grandes originalidades, un “burgués liberal evolucionista”, a quien Ortega entiende en su contexto, amante del *self-government* y del *laissez faire*, un hombre que admiraba a los Estados Unidos y despreciaba a España “porque no alcanzaba a comprenderla”.

Como podrá apreciar el lector en este volumen, en el conjunto de su obra sobre Humboldt, Ortega y Medina da una pintura viva del personaje, un cuadro completo tanto en lo personal como en lo tocante a su influencia en las generaciones posteriores. Humboldt fue un gran precursor de muchas cosas, un gran descubridor de otras, dio importantes pasos científicos, hizo aportaciones valiosas para la historia, la geografía, la sociología, la arqueología y la cultura mexicanas, que hoy, desde luego y sin por ello restarle mérito, ya están superadas ante los avances científicos de los tiempos. Ortega defendió siempre que la obra de Humboldt fuera justipreciada en el contexto en que fue escrita, en su tiempo.

<sup>8</sup> “Otra vez Humboldt, ese controvertido personaje”, p. 452.

<sup>9</sup> *Ensayos, tareas y estudios históricos*, p. 218-219.



